

## Teseo y el Minotauro

Franco Vaccarini, versión de un mito griego

Minos, poderoso rey de Creta, no podría haber imaginado jamás aquella pesadilla, aquella aberración para su linaje; su esposa Pasifae había tenido un hijo, el híbrido Asterión, que no respetaba ninguna ley natural: un toro... ¡No! ¡La cabeza de un toro con el cuerpo de un hombre! Minos encargó que le construyeran una morada en la que el monstruo viviría para siempre, aislado de la curiosidad del pueblo. Dédalo, el mayor arquitecto de su tiempo, se abocó con deleite a la invención de un palacio generoso en vueltas y revueltas, con múltiples pasadizos sin referencias, con salas que parecían en esencia la misma sala, con puertas que de pronto desnudaban la escasa luz de corredores amplios que conducían a otras salas y a otros corredores y pasadizos hasta llegar a un corredor, el mayor de todos, donde dejaron a la brutal criatura, que solo se alimentaba de carne humana. Desde ese corredor central se abrían galerías en todas las direcciones, y por más que se caminara, siempre se volvía al centro y al Minotauro.

De tal modo se ocultó al monstruo de los ojos del vulgo y de su espantado padre.

Minos era un rey amado por todos los cretenses: tenía capacidad de impartir justicia y leyes con sabiduría. Además, era un buen estratega en la guerra: golpeaba a sus enemigos en el momento en que estos se encontraban más débiles. Así, acrecentó el tamaño de su reino enviando expediciones de conquista que siempre culminaban con victorias resonantes.

Entre sus hijos, prefería a la inteligente Ariadna, gran tejedora, y al fuerte Androgeo, un atleta insuperable en la carrera, el lanzamiento del disco o el pugilato: todo lo hacía con una destreza única. Cuando Androgeo recibió una invitación para competir en Atenas, Minos no dudó en autorizar su partida.

Androgeo triunfó en todas las competencias, sin sospechar que esto le costaría la vida, porque despertó la ira y la envidia de sus competidores y del mismo rey de Atenas, Egeo. Poco después, Minos recibió la noticia funesta: Androgeo había muerto en tierras griegas, bajo circunstancias dudosas. Entre lágrimas y lamentos, se juramentó para vengar a su hijo.

Envió a la mayor parte de su flota para poner de rodillas a la orgullosa Atenas, pero esto no le fue posible. El ejército ateniense resistía con fiereza los embates, y las posiciones no avanzaban. Al ver que su deseo de una rápida conquista no era posible, Minos le pidió a Zeus, el soberano de los dioses, que lo ayudara en su causa.

Enseguida, una extraña peste se propagó por Atenas y cientos de habitantes murieron, en tanto las cosechas se arruinaban y el ganado perecía. Pronto, el fantasma del hambre asedió a la ciudad. Empujado por el pánico de los ciudadanos, Egeo consultó a su oráculo, el cual no dudó: para que la peste y el hambre retrocedieran, había que concederle a Minos lo que él pidiese. Egeo envió un emisario a la corte enemiga.

- ¿De veras me darán lo que pida? – dijo Minos, con ojos ardientes.

- Esas son las órdenes que debo obedecer; ese el motivo de mi visita a tu reino – respondió el emisario.

- Quiero que, una vez al año, Atenas me entregue un tributo: siete jóvenes y siete doncellas.

Ante la sorpresa del emisario, el rey aclaró con malicia:

- Serán pasto del Minotauro. Entrarán a su laberinto sin armas; si acaso alguno de ellos lo vence y luego logra dar con la salida, prometo que se podrá marchar libremente.

Y así quedó sellado el terrible destino de catorce jóvenes. ¡Catorce familias de luto! Y al año siguiente, otros catorce... ¡Ninguno regresaba! ¡Nada más se sabía de ellos!

Entraban indefensos, temblorosos, en habitaciones que parecían repetirse sin cesar, mientras en alguna encrucijada... conocían al Minotauro. ¡Y era lo último que conocerían en sus vidas!

Mientras Minos disfrutaba su venganza cruel y desproporcionada, las cosas no iban bien en Atenas para el rey Egeo. El pueblo comenzaba a manifestar su indignación por el acuerdo, que enlutaba a tantas familias. Teseo, hijo del rey, y un héroe admirado por sus compatriotas, tomó la decisión de ayudar a su padre.

- Padre, este año me sumaré a los jóvenes que darás como tributo a Creta. Mataré al Minotauro y regresaré.

- No, hijo, lucharás contra dos imposibles a falta de uno: aun si mataras al Minotauro, no podrías salir del laberinto.

- Confía en mí, algo se me ocurrirá – respondió Teseo, que era fuerte y hábil para la lucha, y ya había superado pruebas difíciles, a pesar de su juventud.

Cuando llegó el día, Teseo partió a Creta con los elegidos, a quienes animó durante el trayecto. Su optimismo los contagió de tal modo que todos creían en su victoria... ¡tal era la convicción de Teseo!

Minos se asombró de que Egeo enviara a su propio hijo para ser devorado por el Minotauro. Por el gusto de conocer a ese príncipe a punto de morir, lo invitó a un austero banquete antes del sacrificio.

- Tu fama es justa, veo que no te falta valor – reconoció Minos.

Quiso el destino que entrara a la sala Ariadna, la hija de Minos, y de inmediato se sintió atraída de modo fulminante por Teseo. Tan piadosa como enamorada, aprovechó una distracción de su padre para entregar a Teseo un ovillo de hilo.

- Suelta el hilo al entrar al laberinto y podrás encontrar el camino de regreso. Solo te exijo que, a cambio, me concedas lo que te pida.

A Teseo eso le recordó algo, pero de todos modos, aceptó la propuesta.

- De acuerdo, ¿y qué deseas?

- Irme contigo, ese es mi deseo. Quiero que me lleves a tu tierra y nos casemos.

- Trato hecho – concedió Teseo.

¡La princesa era hermosa y él no tenía nada que perder!

Poco después, Teseo fue introducido en el laberinto, seguido por sus aterrados compañeros. Tomó al pie de la letra el consejo de la astuta Ariadna y comenzó a devanar el ovillo.

- Ustedes espérenme aquí. No den un paso más – ordenó al resto, para que no se alejaran de la salida.

Y se perdió en salas oscuras, sumidas en un silencio atroz, cortadas por pasadizos que olían a tiempo, a lluvias viejas, a la humedad que se colaba entre las piedras.

De pronto, una figura contrahecha, gigantesca, con una cabeza de toro coronada por dos cuernos puntiagudos sacudió la tierra bajo sus pies, con la impaciencia del hambre, con la ansiedad del cazador que aguarda a su presa... Una luz mezquina se filtraba desde lo alto. Allí estaba el Minotauro, el tímido y feroz hijo de Pasifae, el espanto y la vergüenza de Minos.

La criatura emprendió una loca carrera hacia Teseo, con la boca abierta, anhelando la sangre del héroe. Pero Teseo era fuerte, era joven: ya había vencido a grandes oponentes. Sacó la corta espada que había ocultado entre sus ropas y con ella atravesó el cuello bestial de su oponente. Repitió la estocada.

Y otra vez.

Y otra, hasta el último estertor.

No podía permitir más sacrificios, no habría más luto en Atenas.

Después, no hizo más que deslizar sus dedos por el hilo y volver por lo andado, hasta encontrar a sus compañeros de viaje, y la salida.

Afuera, la noche al menos tenía una miríada de estrellas, la luna, el aire fresco; no era la noche ciega y sórdida del laberinto. Teseo fue por Ariadna y luego se ocupó de quemar por entero la flota cretense amarrada en el puerto. En cuanto se aseguró de que nadie lo podía seguir, se marchó a toda vela rumbo a la libertad y a la vida.

PARA RESPONDER EN LA CARPETA:

1. ¿Quién es el protagonista? ¿Coincide con el héroe de la historia?
2. ¿Quién es el héroe de la historia y qué lo determina como tal?
3. ¿A qué género te parece que pertenece esta historia? ¿Por qué?